

The Puig affair

por Miguel Angel Morales

Para el escritor argentino Manuel Puig (1932) la clase media encierra las claves para saber qué ocurre en una sociedad. Sus obsesiones y la realidad en que se mueven es un perfecto termómetro. Su reducido mundo, es el microcosmos que refleja, en este caso, a la Argentina.

No es pues de extrañarnos que el peregrinar de la clase media principie con la asfixia moral y sexual pueblerina (*La traición de Rita Hayworth*, 1968) y la sigamos en su eminente migración a la capital (*Boquitas pintadas*, 1970); en el descenso a los infiernos del erotismo (*The Buenos Aires Affair*, 1973), sufriendo la represión política (*El beso de la mujer araña*, 1977) o en su exilio involuntario (*Pubis angelical*, 1979).

Al contrario de otras novelas argentinas, no hay nada apocalíptico o heróico que se nos narre en estas cinco novelas. En ellas, el hombre y la mujer viven nauseabundamente con su incómoda circunstancia, sin intentar nada para salir de esa atmósfera. Por ello, las anécdotas que rigen las novelas son más bien simples sin ninguna complicación. El ambiente opresivo de la provincia de Coronel Vallejos, en *La traición de Rita Hayworth*. La crónica de un don Juan pueblerino, Juan Carlos, y sus repercusiones sentimentales en dos de sus más fervientes admiradoras y amantes, María Mabel Sáenz (Mabel) y Nélica Enriqueta Fernández

(Nené), en la delicadamente cursi *Boquitas pintadas*.

The Buenos Aires Affair narra el brutal encuentro sexual entre el sádico y priápico Leo Druscovich y la masoquista Gladys Hebe D'Onofrio. El confinamiento carcelario en donde conviven (incluso hacen el amor) el homosexual Luis Alberto Molina y el activista Valentín Arregui Paz, es la historia central de *El beso de la mujer araña*.

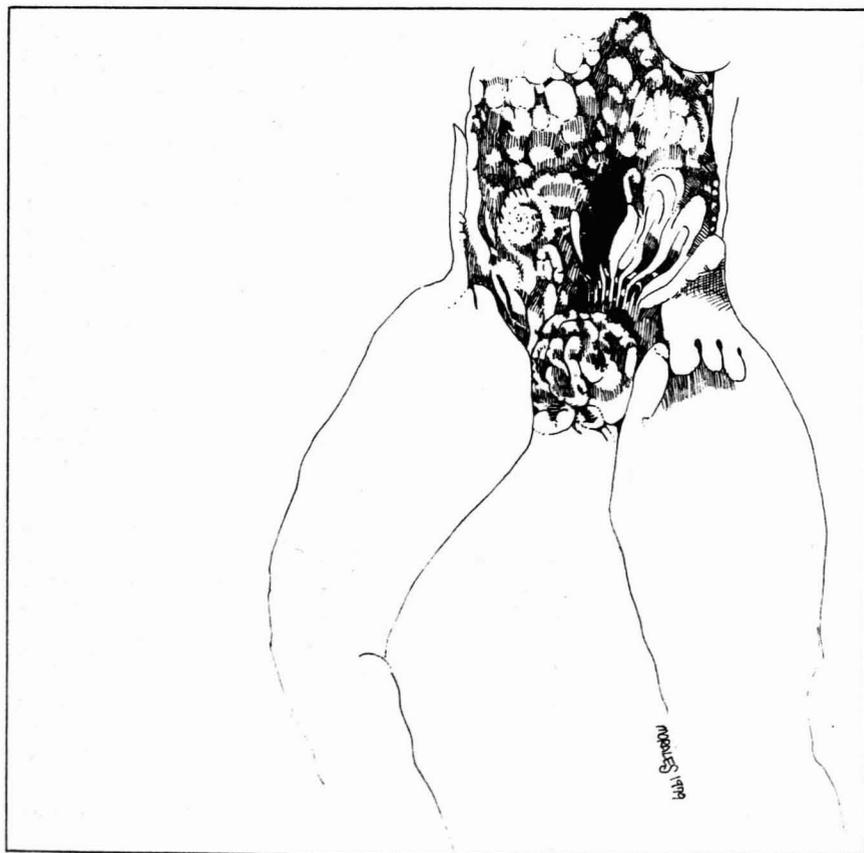
Esta crónica de la clase media argentina, implica de alguna manera perseguirla en todas sus monotonías, humillaciones, fantasías, deseos incumplidos y gustos generacionales; en sus puntos muertos. De alguna manera, adentrarse en la cotidianeidad es también participar de la historia argentina. Sobre este problema de la cotidianeidad, expresa Karel Kosik en su *Dialéctica de lo concreto*: "La mistificación y la falsa conciencia de los hombres respecto a los acontecimientos, ya sean éstos contemporáneos o pasados, forman parte de la historia. El historiador que considerase la falsa conciencia como un fenómeno accesorio o casual, o que la eliminase como una mentira y falsedad que nada tiene que ver con la historia, tergiversaría la historia misma".

Quizá nada mejor para comprender el inevitable ascenso y descenso de esta pequeña burguesía que las novelas de Manuel Puig, quien detalla situaciones —ahora *camp*—, repletas de lagrimeos inútiles, sollozos, morbo que se atenúa con la cursilería, en un periodo que va de 1933 a 1974, aproximadamente.

Para describirnos todo este viacrucis sentimental y erótico, Puig recurre a interminables monólogos, diálogos, cartas (con sus involuntarias y bien aplicadas faltas de ortografía), fragmentos de diarios, diálogos telefónicos de los cuales nada más conocemos la parte de un interlocutor, minuciosas descripciones tanto de los personajes como de la escenografía en que se mueven, abrumadoras historias personales (a manera de fichas clínicas), o enumeraciones de las principales acciones durante insomnios, sueños, o de un día común y corriente: preguntas y respuestas a la manera que James Joyce empleó en *Ulyses*.

Puig es un enamorado de saber absolutamente todo en sus personajes. Maneja una cronología sumamente escrupulosa. Incluso a veces da la impresión de que es un entomólogo acucioso y que sus pobres insectos ya están determinados, liquidados. Sueños, devaneos, secretos: todo lo sabe Dios Puig. La trama se llena de datos, confidencias, sucesos; germina centrifugamente. Cualquier detalle tiene o tendrá una significación posterior.

"Era una tarde de otoño. En esa calle de Buenos Aires los árboles crecían inclinados ¿Por qué? Altas casas de departamentos de ambos lados de



la acera ocultaban los rayos del sol, y las ramas se tendían oblicuas, como suplicando, hacia el centro de la calzada... buscando la luz. Mabel iba a tomar el té a casa de una amiga, elevó su mirada a las copas añosas, vio que los troncos fuertes se inclinaban, se humillaban”.

Esta breve descripción, fragmento de una de las 16 entregas que componen *Boquitas pintadas*, tiene un alto simbolismo. Mabel visita a Nené para hacerle saber que si bien vive en Buenos Aires, es de la forma más degradante y pobre. Nené es como esos árboles urbanos siempre suplicantes y humillados, porque es casi un parásito: vive con su esposo y tiene dos hijos, pero recuerda obsesivamente a su novio Juan Carlos. Sin embargo, en igual circunstancia se encuentra Mabel: no encuentra satisfacción con su novio y también recuerda a Juan Carlos. “En esa calle de Buenos Aires los árboles crecían inclinados, tanto por el día como por la noche. Qué inútil humillación, era de noche, no había sol ¿por qué inclinarse? ¿habían olvidado esos árboles toda dignidad y amor propio?”

Los fragmentos de la vida de los personajes se van lentamente formando hasta configurar el verdadero destino de los personajes. El montaje se lleva a cabo en la mente del lector: es él quien finalmente sabrá que los datos más extravagantes, que los

detalles nimios adquirieron una importancia vital.

Lo que más se advierte en los personajes que retrata Manuel Puig es su perfecta y absoluta insatisfacción moral, psicológica, sexual. Toda esta insatisfacción provoca un resentimiento contra todos, contra sí mismos, contra los amantes, contra los hijos, contra los padres, contra la propia clase social. Véase por ejemplo este diálogo rencoroso entre la niñera Amparo, de doce años, y la sirvienta Felisa, en la *Traición de Rita Hayworth*:

—Porque somos sirvientas se creen que nos pueden levantar las polleras y hacernos lo que quieran.

—Yo no soy sirvienta, soy niñera del nene y nada más.

—Ahora porque sos chica, después vas a ser sirvienta.

—No hables tan fuerte que se va a despertar al nene.

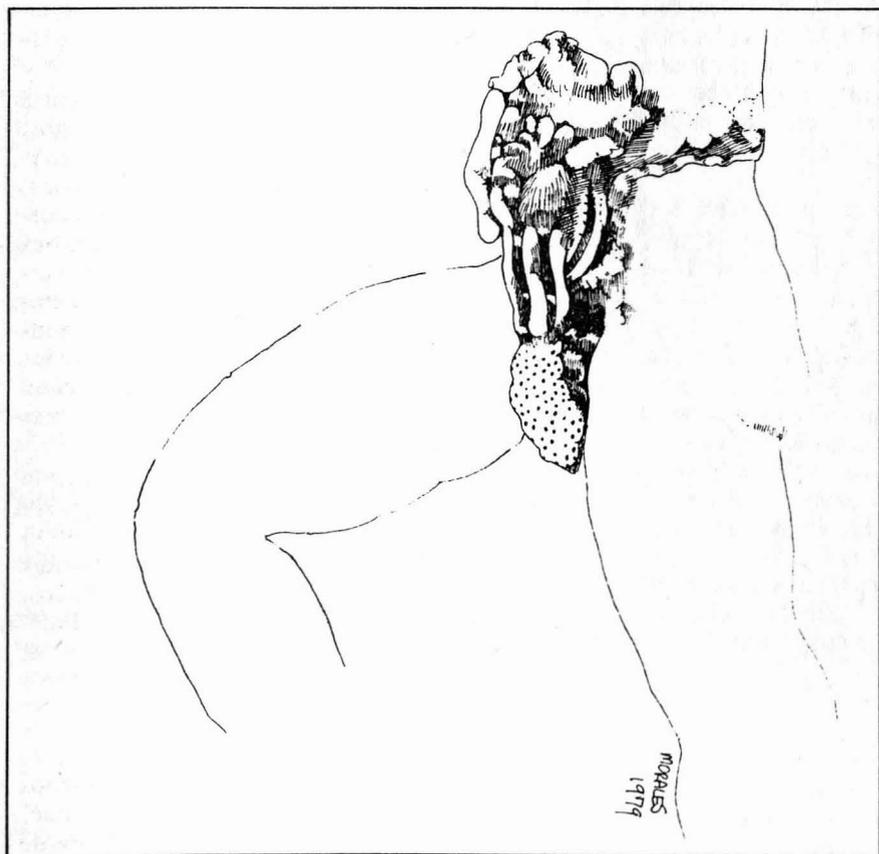
(...).

—Cuidate porque ya saben que a tu hermana tu padre la echó de la casa por parir soltera.

—Dormí, Totito, dormí. Tenés que ser bueno y dormirte de nuevo. Así, así... Esta guacha de puta de mierda cree que voy a ser como ella”.

Unos se abocan a vivir tal y como la situación lo permite; otros, evadiéndose de la realidad por medio del cine: el pequeño Toto, en *La traición de Rita Hayworth* o el homosexual Molina, en *El beso de la mujer araña*. Pero esta opción no convence. ¿No será más bien una obsesión del propio Puig imponiéndolos a estos dos personajes? A los nueve años, Toto se vuelve un niño cuentapelículas. Dice en su monólogo: “...y después todas las noches le cuento una obra distinta y después empiezo a contarle cintas y jugamos a cuál es la artista más linda y cuál trabaja mejor y cuál es el número musical que le gustó más de los que le conté, que él vio pocos: casi todas cintas de pistoleros” Lo mismo pasa con Luis Alberto Molina, quien narra películas, de alto valor erótico pero sublimadas por la pudibundez del cine a que está acostumbrado, para seducir al activista Valentín Arregui Paz. Cuando uno termina de leer *El beso de la mujer araña*, llega uno a preguntarse: ¿Los homosexuales sólo sirven si son cinéfilos empedernidos?

En *La traición de Rita Hayworth* Manuel Puig pensó que la infelicidad se gestaba en la mente, que provenía de la autoconciencia. La solterona y treintañera Herminia discute con Toto esta posibilidad. “Toto empezó hablando del hombre bruto, que ni siquiera tiene noción del absurdo de la propia vida, pues come y duerme para poder llevar a cabo sus largas horas de trabajo, y trabaja para poder pagar lo que come y la casa donde duerme, cerrando así su círculo vicioso. Yo por primera vez me animé a decirle que con gusto me habría casado con alguien así, pues esa simpleza es la base de la



felicidad, y nada mejor que vivir al lado de alguien feliz."

Pero en sus posteriores novelas, el desamor, la insatisfacción proviene de las relaciones sexuales. Pareciera que Manuel Puig cree fervientemente que la felicidad completa del hombre se encuentra en el descubrimiento del orgasmo perfecto. Si existe un mundo opresivo para el erotismo, las relaciones sociales se vuelven insoportables. Este es sin duda el tema más constante y tenaz de Manuel Puig. Veamos.

José L. Casals, Toto, en *La traición de Rita Hayworth*, es testigo a los seis años de los juegos eróticos de niños mayores. "¿Qué quiere decir cogía?", es su desesperada pregunta por desentrañar ese mundo de lascivia. Después será testigo de violaciones a sus compañeros; él mismo sufrirá este tipo de persecuciones y por ello tendrá fama de "maricón".

(Por cierto, la violación es un tema que aparece breve pero insistentemente en las novelas de Puig. En *Boquitas pintadas*, Juan Carlos abusará de una niña de trece años. En *The Buenos Aires Affair* Leo Druscovich viola y mata, en un lote baldío, a un homosexual. En *El beso de la mujer araña* el reo Luis Alberto Molina está acusado de corruptor de menores.)

La historia sexual, medio cursi y trágica, en *Boquitas pintadas* se teje a través del veinteañero Juan Carlos Etchepare, quien es el Gran Faló: tiene relaciones con la viuda Elsa di Carlo, y seducirá a su hija de trece años. Fornica con la prostituta Amalia, con la señorita Clara y con Mabel. Su única novia decente y santa es Nené. Pero el destino se opone a que la falocracia continúe: Juan Carlos padece tuberculosis.

Esto provoca que tanto Nené como Mabel busquen soluciones desesperadas. La primera termina casándose con el pobre Donato José María Massa y se va a vivir miserablemente a Buenos Aires. Mabel consigue un novio al cual no quiere. Pero por supuesto, esta situación no las logra satisfacer del todo.

Pero *Boquitas pintadas* recalca la situación casta entre Nené y Juan Carlos. Los cuerpos jamás se encontraron en la tierra, pero lo harán en el cielo. "Pero estoy lista, sonada, cuando sea el diluvio universal, y el juicio final, yo quiero irme con Juan Carlos, qué consuelo es para nosotras, señora, la resurrección del alma y el cuerpo, por eso me desesperaba si me lo cremaban...", escribe Nené después de enterarse que Juan Carlos murió el 18 de abril de 1947.

The Buenos Aires Affair es el encuentro desesperado y desolador entre Leo y Gladys. Sus problemas sexuales son un antecedente para que no tengan más que breves instantes plenos. Su insatisfacción finalmente los mina. Leo Druscovich sólo se excita cuando su pareja lo rechaza. Cuando hay

una relación normal, su enorme órgano sexual cede a la erección y no alcanza el orgasmo. Esto le trae problemas: recurre a la masturbación. Gladys "se sorprendió también al notar que su goce sexual era muy limitado, ya que nunca alcanzaba la culminación necesaria". Por eso recurre a la masturbación, hasta que conoce a Leo.

Todo principia con una ceremonia erótica y finaliza grotescamente. El 21 de mayo de 1969, Leo se dirige a Playa Blanca, secuestra a Gladys y la lleva a su departamento inconsciente. Llega la anciana María Esther, amante de Leo. Este amenaza con matar a Gladys. María Esther se opone y le acaricia el sexo. Leo se excita y le hace el amor a Gladys. María Esther huye. Al otro día, Leo va a su trabajo; no logra concentrarse, sale en su auto a una carretera "amplia que lo condujese fuera de la capital". Muere al volcarse. Gladys, al mes del accidente, vuelve otra vez a la masturbación.

Al igual que *The Buenos Aires Affair*, *El beso de la mujer araña* incide sobre la frustración, ahora visto desde la reunión, en una celda, de un homosexual y un guerrillero urbano. La posible unión de ambos es rota por la justicia bonaerense cuando mata al guerrillero, a quien aparentemente le importa más la rebelión política que la sexual. En esta novela se contraponen dos temperamentos: la del activista Valentín Arregui Paz, arrestado en 1972, y la de Luis Alberto Molina, acusado de corruptor de menores.

A pesar de la unión sexual entre Valentín y Molina, no hay una apología de la homosexualidad y, pese a la falta de datos para situar a la violencia de los activistas en Buenos Aires, no hay un desprecio hacia la guerrilla urbana. No existe ninguna posición, aparentemente por parte de Puig, porque lo que más le interesa es enfrentar dos temperamentos y buscar una solución a la problemática sexual, en la cual viven obsesivamente sus personajes.

Pero resulta que para tal problema, Manuel Puig no tiene una solución posible: el amor casto y puro no la dá (Nené y su total devoción por Juan Carlos, en *Boquitas pintadas*), ni la de los personajes aparentemente complementarios (el sádico y la masoquista en *The Buenos Aires Affair*) o la unión de los contrarios (el homosexual y el activista, en *El beso de la mujer araña*). Los personajes de Manuel Puig están en un círculo vicioso donde copulan, lloran, sufren, gozan, padecen y se extenuan, sin verdaderamente encontrarse.

Sin embargo, no es obligación del autor ofrecer alternativas a los conflictos que describe. Puig, en todo caso, se interesa en retratar un mundo, iluminar su descomposición. Quizá el lector, del desencuentro de los personajes de estas novelas, logre atrapar una pista, una clave de la realidad que Puig se empeña en reconstruir sólo para destazarla mejor.